

# DIA BOHEMIO

Desde que ameneció el Domingo, 28 del actual, se saturó el ambiente de una alegría sana, tonificante, contagiosa para todos los socios del «Bohemian Sporting Club», que no ha muerto sino que está en estado latente nada más, formado al calor del formidable equipo de futbol que defendió sus colores con tal «vergüenza deportiva», que durante catorce años consecutivos fué el campeón invencible e indiscutido de Filipinas.

Y no era para menos. Celebraban el vigésimo aniversario de su fundación, con una opípara comida, una gran becerrada y un baile por último en la hermosa casa recientemente adquirida por el ex Presidente del Club, Don Florencio Gonzalez Diez, situada en la calle Robert, Pasay.

Omitimos, para no hacer interminable esta reseña, los chispeantes y regocijados comentarios que sobre el programa de las fiestas se publicaron previamente en los periódicos de la localidad, y nos metemos de lleno en nuestro reporteril menester. Pero antes hemos de hacer una declaración, todo lo solemne que ustedes quieran: fuimos, hemos sido y continuaremos siendo «bohemios» de lo más rancio que darse pueda. Así, si en los oídos de alguno de los que nos lean suenan a excesivamente calurosos los comentarios que hacemos a continuación, puede rebajar de ellos cuanto le plazca, pero al hacerlo se habrá engañado a sí mismo, porque todo cuanto decimos no es más que reflejo mínimo de la realidad.

## LAS REGATAS—EL ALMUERZO.

Con la maravillosa puntualidad bohemia, a las 11:00 de la mañana nos hallábamos reunidos más de 70 socios y algunos—muy pocos—invitados. Estábamos en nuestro elemento. Volvíamos a ver viejas caras de antiguos, simpáticos y auténticos «buhayas», rebotando de alegría y satisfacción, dispuestos a pasar un buen rato, recordando «aquellos tiempos», mejores, sin disputa alguna, que los actuales.

Animación general; frases y comentarios que estallaban como cohetes, joviales, afectuosas e intencionadas, y entre todos, sin diferencias de «clases» y de «disponibilidades», la más perfecta y cordial camaradería bohemia, que no tiene aquí ni quizá en otras partes comparación ni equivalencia.

Huelga decir que desde los primeros momentos la seriedad, esa estirada y antipática señora, huyó despavorida, para ceder el puesto a la más franca alegría.

Y dió comienzo la anunciada regata de balandros, piloteados por bellas señoritas, que no vimos, porque nos distrajimos oyendo a «Españita» dando ante un corro de ingenuos «buhayas» todo un cursillo de tauromaquia sobre cómo debía ser capeado «Cuadrigemino», «reparao» del ojo izquierdo y con un par de pitones que metían miedo. Lamentamos nuestra distracción, porque de lo contrario podríamos ahora lucirnos haciendo toda una estampa marinera. Y lo peor del caso, es que ni siquiera pudimos tomar nota del nombre de la bella señorita que resultó vencedora.

Poco después y ya solos los hombres, ¡a la mesa! Uno tras otro fueron pasando los succulentos platos del escogido menú, a los que se hicieron los debidos honores, y la animación y el bullicio y la alegría en «crescendo», sin que decayera un solo momento hasta que llegó la hora del tan esperado y comentado acontecimiento del día...

## ¡LA GRAN BECERRADA!

Tarde de sol, de ese clásico sol de las grandes fiestas taurinas. El ruedo era todo él un gran disco de luz, o si lo quieren en otra forma, un «duplicado» del sol.

Entre socios e invitados a la becerrada, pasaban ya del par de centenares. La alegría y la espectación eran generales. ¿Darían juego los becerros? ¿Quiénes eran los «mataores»? Pronto se iba a saber, y sin embargo, la impaciencia era enorme.

En la ámplia galería de la casa, artísticamente adornada, un deslumbramiento de mujeres hermosas, tocadas con el triunfo y el alarde de la preciosa mantilla española, daba la nota más brillante de color y de belleza que imaginarse pueda. Por ver solo aquel cuadro, bien valía la becerrada no una misa, sino varias.

La espectación y la alegría llegaron a su «climax», como diría un reportero estilista de los que por aquí privan, al llegar las madrinas de la becerrada, las bellas y distinguidas Srtas. Luisa Fernandez, Nuchy Sanz, Mary Case, Asunción González, Trinita Gonzalez, Celia Marcaida y Blancaita Danon, ataviadas también con la mantilla española y que en varios automóviles adornados hicieron el largo trayecto que media entre la residencia del Sr. Gonzalez Diez, en la calle Legarda, donde se reunieron, hasta la calle Robert, Pasay, despertando su paso por las calles murmullos de admiración por su gentileza y hermosura.

DIA  
BOHEMIO

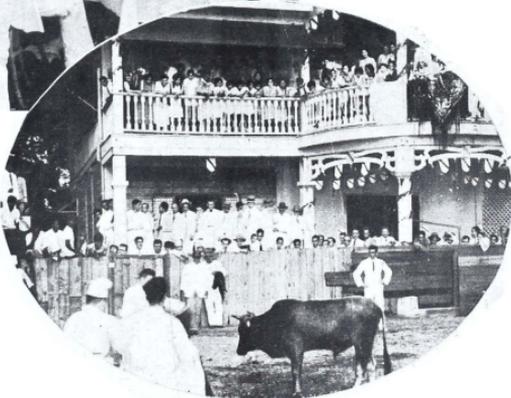


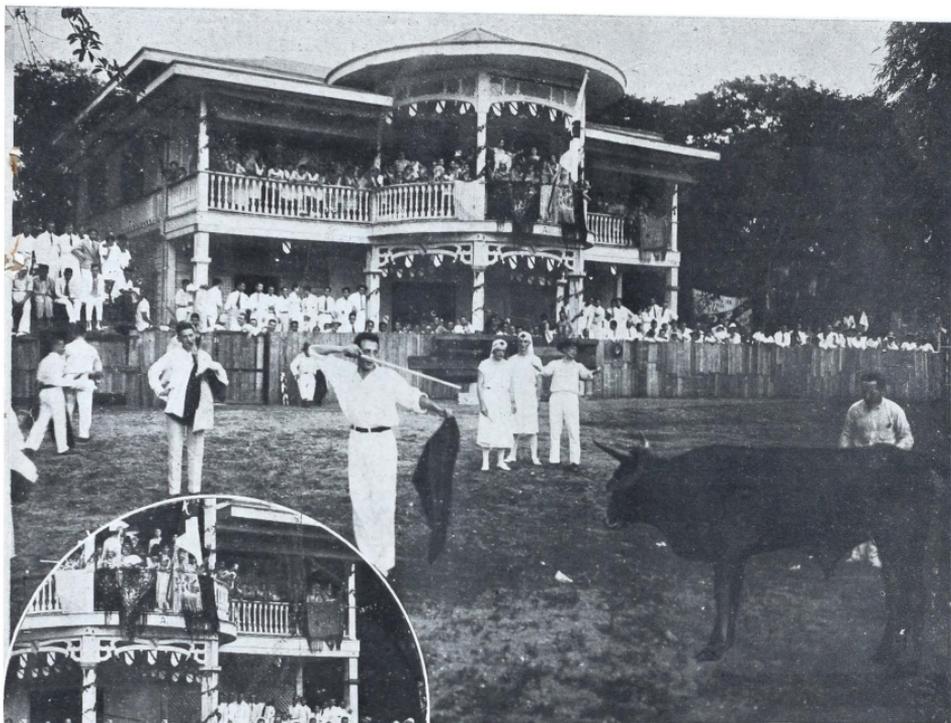
*Las bellas Madri-  
nas de la Becerrada,  
Srtas. B. Danon, M.  
Casc, L. Fernández,  
T. Gonzalez, N. Sanz,  
A. Gonzalez, L. Sanz  
y C. Marcaida, con  
los Sres. J. Trcsgue-  
rras, C. Arrieta, Y.*

*Armada, A. R. Padin, M. M. de Cos, F. Montes,  
y J. Ramirez, y las dos enfermeras, Sres. Luis  
Esteban Anguita y Julio Gonzalez, antes de dar  
comienzo la becerrada.*

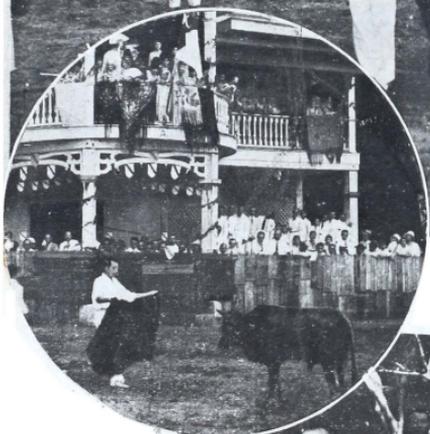
*Aspecto que ofrecían las mesas instaladas  
en los jardines de la casa durante el almuerzo  
en el que reinó la mayor alegría.*

*El primer becerro. Un lanceo de capa.*





*Aspecto general de la «Plaza». El Sr. Tresguerras, entrando a «matar» al segundo becerro, bien plantado y codicioso, ante la espectante y misericordiosa mirada de las dos enfermeras.*



*El Sr. Padin, en otro lance de capa en la lidia del segundo becerro.*

*Un tendido de sol ocupado por regocijados bohemios, que estaban dispuestos a pagar al «hule» el menor descuido de los matadores. Vean las fisonomías que trician.*



De pronto, a los castizos sonos de la marcha torera de «El Gato Montés», entró en el ruedo e hizo el lucido paseo la cuadrilla formada por los Sres. A. Ossorio, Jefe de lidia, G. Ramirez y Joaquín Tresguerras, Matadores, Isidoro Armada, Federico Montes, Manuel M. de Cos, Carlos Arrieta, José Mantecón y Francisco Ranero. Detrás de la cuadrilla, venían dos lindas y descacharrantes enfermeras, vulgo «nurses», las bellísimas «castigadoras» Luisita Esteban y Julita Gonzalez, dispuestas a prestar sus caritativos servicios y a echar un capotazo si se terciaba el caso.

El primero de los dos bichos lidiados, un berrendillo muy «salao», con 25 centímetros de cornamenta, salió del toril un tanto huido:zo. acuciado por la querencia del lejano pasto; pero en cuanto vió los trapos rojos, se le contagió la alegría del público, y se fué derecho al bulto, con lo que el jefe de lidia, matadores y peones desarrollaron sus maravillosas aptitudes de agrimensores, midiendo el suelo repetidas veces.

Repuestos pronto de las primeras acometidas del berrendillo, hicieron todos una faena lo más torera posible, que fué premiada con muchas palmas, luciendo con la capa el jefe de lidia, que dió una media verónica tan ceñida que fué cogido por el astado, sin otras consecuencias, afortunadamente, que el consiguiente batacazo, y haciendo el Sr. Ramirez una breve faena de muleta, con la que dió toda clase de pases—naturales ayudados por alto y por bajo, etc.—pasaportando al bicho de una corta delanterilla y un sablazo algo atravesado, completamente hipotéticas.

El segundo becerro—un «monumento», con no sabemos cuántas libras de peso y un par de pitones más largos que un día sin sol—salió disparado y con la manifiesta intención de hacer «pupa». Pero allí estaba la cuadrilla decidida a pararle los pies, y aunque menudearon de nuevos las caídas todos cumplieron como buenos, haciendo el Sr. Tresguerra, a quien le tocó matar al bicho, una magnífica faena de muleta y despachando a su enemigo en igual o parecida forma que su compañero, el Sr. Ramirez, al suyo.

Durante la lidia de los dos becerros, hizo de Don Tachero el Sr. Ranero, con una sangre gorda y un valor que admiraban. Bueno; la verdad sea dicha: que a un señor que metía a los becerros en el toril a fuerza de puños, le llegaron los bichos a cobrar respeto, que si no... Le hubiera pasado lo que a los cuatro «suicidas», nuestros amigos los Sres. Isidoro Armada, Totón Mascuñana, Carlos Montes y Eduardo Ros, que sentados alrededor de una mesa, al parecer con la mayor de las tranquilidades y haciendo de tripas corazón, en cuanto tuvieron al segundo astado a su vera, salieron como pueden ustedes ima-

ginarse y vimos nosotros. Nos hemos «colao»; hubo una sola excepción: Ros, que continuó imperterrito en la mesa, pero fué, como él mismo dice y reconoce, porque se quedó de una pieza por la emoción... del triunfo!

Un señor americano se sintió émulo de su paisano el famoso torero yanqui, Franklyn, y se lanzó espontáneamente al ruedo a cuerpo gentil, con el consabido resultado: que el becerro le dió un formidable achuchón y que allá fué rodando por el suelo el buen hombre, que se salvó milagrosamente de un serio descalabro.

Se distinguieron como «corredores», dignos de figurar en olimpiadas internacionales, Federico Montes, Isidoro Armada, Carlos Arrieta, Alonso Rodriguez y otros que no recordamos en este momento. La intervención de las simpáticas «nurses», oportunísima, aunque hubo momentos en que pareció que las socorridas iban a serlo ellas, por sus «espantás» ante la proximidad de los cornúpetos.

Y para terminar la reseña de la becerrada, pálido remedo de lo que es la fiesta del valor y de la gracia, diremos que no hubo ninguna salida a los tercios, ni ovación, ni oreja, ni vuelta al ruedo, por la sencilla razón de que nuestra benemérita y celosa «Sociedad Protectora de Animales» prohibió en absoluto que se diera a los astados visitantes ni el más ligero «metisaca» con el más insignificante de los aliferes.

En fin; una tarde de sol, de alegría sana, tonificante, contagiosa, y una fiesta que ha dejado a los que tuvieron la suerte de presenciaria un gratísimo recuerdo.

Terminada la becerrada y como fin de fiesta, en los salones de la casa adornados exquisitamente e iluminados profusamente, se inició el baile, al que asistió un nutrido plantel de las señoritas más hermosas de Manila, y duró hasta las 9:00 de la noche, reinando en él la mayor animación.

Contentos estamos los bohemios con las fiestas de nuestro «Día», que han sido una hermosa realidad gracias al entusiasmo del Sr. Florencio Gonzalez Diez, «alma» y propulsor de ellas, secundado eficazmente por los Sres. Joaquín y Santiago Carrión y Jesús Cacho, que pusieron personalmente toda la carne que hizo falta en el asador y con los cuales tenemos contraída, por tal motivo, una deuda de gratitud.

Si el «Bohemian Sporting Club» despierta del estado latente en que se halla, a ellos se deberá, pues han sabido tocar el «trigemino» de nuestros dormidos entusiasmos...